

# ITALIANOS EN EL CAMINO DE SANTIAGO

Por

Luis Morenés y Areces,  
Marqués de Bassacourt

«En un principio aparece la calzada jacobea como el camino que enlaza a los dos grandes santuarios de la cristiandad donde se veneraban tumbas de los Apóstoles: Roma y Compostela».

Esta afirmación de José María Lacarra, Luis Vázquez de Parga y Juan Uría Riu, está documentalmente demostrada en la descripción de los límites, que en el siglo XI configuraban a la Diócesis de Osma, «de Furca usque Arlaçon quo modo currit in camino Sancti Petri qui vadit ad Sanctum Jacobum», o en la escritura de compra por Alfonso VI de una casa en la ciudad de Burgos, uno de cuyos linderos es el mencionado camino.

Según Daniel-Rops, la Edad Media marca en la historia de la Iglesia el momento cumbre de la devoción a los Apóstoles. Ahora bien, dicha devoción, en la Europa Occidental, al menos, se dirige sobre todo, a las figuras de San Pedro y Santiago el Mayor.

Creemos ocioso presentar a Dante Alighieri y a su *Divina Comedia*. Francesco de Sanctis en su *Historia de la Literatura Italiana*, Giovanni Papini en su *Dante Vivo* e Indro Montanelli en *Dante y su siglo*, por citar tan sólo a tres grandes contemporáneos nuestros, nos los han presentado magistralmente. Pero en cambio, creemos muy interesante, dejando a un lado los cantos dedicados al *Infierno* y al *Purgatorio*, examinar algo detenidamente los cantos vigésimo cuarto, vigésimo quinto, vigésimo séptimo y vigésimo octavo del *Paraíso*. Antes de comentar dichos cuatro cantos, creemos oportuno aclarar que en todo lo que al texto se refiere, nos hemos guiado por la edición aprobada por la Universidad Nacional de México el año de 1921 y publicada por la Editora Nacional de dicha nación.

Leemos en el canto vigésimo cuarto: «De aquel conjunto de bellas luces vi salir un fulgor tan alegre y esplendente, que superaba a todos los demás.» Y unas líneas más abajo: «De este modo luego que se detuvo aquel fuego bendito, dirigió su aliento hacia mi Dama, y le habló como he hicho. Y ella contestó:

—¡O luz eterna del gran Barón, a quien Nuestro Señor dejó las llaves que llevó abajo desde este goce maravilloso! Examina a éste

como te plazca con respecto a los puntos fáciles y difíciles de la Fe, que te hizo andar sobre el mar...»

Francisco Montes de Oca, entre otros comentaristas, identifica claramente a San Pedro en los párrafos que os acabamos de leer, así como a Santiago el Mayor en los del canto vigésimo quinto que leemos a continuación:

«Después se adelantó hacia nosotros un resplandor desde aquella legión de que salió el primero de los vicarios que Cristo dejó en la Tierra; y mi Dama, llena de alegría, me dijo:

—Mira, mira, he ahí el Barón por quien allá abajo visitan a Galicia.

Cual dos palomas que, al reunirse, se demuestran su amor dando vueltas y arrullándose, así vi yo aquellos grandes y gloriosos príncipes acogerse mutuamente, alabando el alimento de que allá arriba se nutren.»

Más adelante, en este mismo canto vigésimo quinto, volvemos a leer: «Luego resplandeció entre ellas (se refiere a los círculos de almas) una luz tan viva, que si Cáncer tuviera semejante claridad, el invierno tendría un mes de un solo día...» Y más abajo Beatriz exclama: «Ese es aquel que descansó sobre el pecho de nuestro Pelicano; es el que fue elegido desde la cruz para el gran cargo».

He aquí, reunidos por Dante y por este orden, a los apóstoles San Pedro, Santiago el Mayor y San Juan Evangelista, a los que no se unirá ya ningún otro apóstol, puesto que, en el canto vigésimo séptimo quien se reúne con ellos es Adán, que es una de las cuatro antorchas encendidas ante los ojos de Dante y de Beatriz, mientras que en el canto vigésimo octavo alude a San Pedro, pero ni éste se une a sus tres compañeros, ni al padre Adán, ni emana resplandor alguno.

En los pasajes de los cuatro cantos que os acabamos de leer creemos queda claramente demostrado que, para Dante, San Pedro es el gran Barón, Santiago, el Barón (creemos casi innecesario indicar que en ambas ocasiones el vocablo Barón lo emplea en su acepción de cargo administrativo, judicial y nobiliario) y los dos emanan luz y resplandor, mientras que San Juan, sin tratamiento alguno, emana también luz y resplandor y, los tres reunidos con Adán, simulan cuatro antorchas encendidas.

He aquí cómo en la concepción de Dante —del que todos están de acuerdo que en su mente cobijaba todo el saber de su tiempo— las figuras de San Pedro y Santiago el Mayor ocupan los dos primeros puestos entre las de los apóstoles.

Según indica Indro Montanelli en obra por nosotros ya citada, la mayoría de los dantólogos —equivalentes a nuestros cervantistas—, y, él mismo, opinan que Dante empezó a escribir la *Divina Comedia* du-

rante los años 1313 ó 1314, o sea, menos de tres lustros después del 1300, año del primer Jubileo romano decretado por el Pontífice Bonifacio VIII, siendo uno de los dos millones de peregrinos que acudieron a la Ciudad Eterna con motivo del Año Santo, mientras que la Vida Nueva, «ese conjunto de poesías que Dante seleccionó de su producción anterior y que enlazó mediante el hilo de una narración en prosa», es anterior al primer año jubilar romano, puesto que la concluyó en 1292.

Pues bien, en la prosa que precede al soneto que empieza «¡Oh, peregrinos de faz cavilosa!», con el que finaliza el capítulo XL, su autor aclara: «Escribí peregrinos en la amplia acepción del vocablo, que puede tomarse en dos sentidos: amplio y estrecho. En el amplio sentido es peregrino quien se halla fuera de su patria; en el estrecho sólo se llaman peregrinos a quienes van a Santiago o de allí vuelven.»

Pero esto no es todo, ya que una escapada al campo de la onomástica nos permitirá apreciar cómo, al igual que en el idioma francés, el nombre latino *Jacobus* se fue transformando sucesivamente en *Jacques*, *Jacquenon* y *Jacquinet*, siendo *Quenon* y *Quinet* las correspondientes abreviaciones de estos dos últimos, en el idioma italiano el mismo nombre latino transformóse a su vez en *Jacopo* y *Giacomo*, con sus correspondientes derivaciones de *Jacopone* y *Giacomino*.

Pues bien, contemporáneo y paisano de Dante es *Jacopone* de *Todi*, en opinión de *Giovanni Papini*, el «más grande poeta predantesco». Dos obras de *Giacomino da Verano*, *De Babilonia Infernali* y el *Jerusalem coelesti*, son, al decir de *Indro Montanelli*, «los parientes, naturalmente pobres de la *Commedia*». Pero, sobre todo, creemos que no es una coincidencia la aparición de la sombra del poeta a su hijo *Jacopo* ocho meses después de su muerte para indicarle dónde estaban los trece últimos cantos del *Paráiso*, sin los cuales su obra cumbre, además de incompleta, no hubiese mentado al Apóstol *Santiago*.

Esta anécdota nos ha llegado a través de *Giovanni Boccaccio*, que, aunque se disputen su nacimiento París, Certaldo y Florencia, no cabe duda alguna de que durante su infancia fue feligrés de la parroquia de *Santiago y San Miguel*, próxima a la casa de su padre en el pueblecito de *Certaldo*. Ya ordenado sacerdote, a partir de 1362, en dicha casa habitó con su hermano extrauterino *Jacopo*, disponiendo en el testamento, que otorgó poco antes de su fallecimiento, ser enterrado en la citada Iglesia de *Santiago y San Miguel*, que, como puntualiza el *Baedeker*, durante cierto tiempo fue más conocida como «la *Canónica*», y en donde en 1503 se le erigió una estatua en la que sostenía con su mano el *Decamerón*, lamentablemente destruida en 1783, aunque perdura su obra inmortal en la que relata como testigo de excepción que fue la espantosa peste negra que azotó a la cristiandad entre los años de 1347 a 1356, que decidió al Papa *Clemente VI*, recluido en *Avignón*, a convocar el Año Santo Romano de 1348, del

que sólo regresaron a sus lugares de origen cien mil del millón de maltrechos peregrinos que acudieron a Roma a ganar el segundo Jubileo.

Francesco Petrarca parece en principio marcar el contrapunto a las devociones jacobeanas de Dante y de Boccaccio. Pero no queremos desaprovechar la ocasión de leerlos una frase muy significativa del escritor francés J. Lucas-Dubreton, cuyo verdadero nombre es el de Lucas de Peslouan, autor de una obra dedicada a *Madrid*, de la que efectuamos nuestra primera recensión para el número uno de la revista de ESTUDIOS TURÍSTICOS.

En obra anterior titulada *La Edad de Oro del Renacimiento Italiano*, y refiriéndose a la época del pontificado de León X, hijo de Lorenzo el Magnífico, escribe: «El virus de la antigüedad esteriliza a los humanistas; los poetas que escriben en italiano, en *lingua vulgar*, padecen otra enfermedad crónica no menos grave: el petrarquismo. El amante de Laura es objeto de verdadero fetichismo; sus devotos realizan la peregrinación a Vaucluse, nido de sus amores; a Arqua, su tumba; es su Santiago de Compostela...».

Del «virus de la antigüedad» que «esteriliza a los humanistas» no se libró ni el propio Petrarca, y éste es el motivo, en nuestra modesta opinión, de su falta de evocaciones jacobeanas, que eran precisamente las de su tiempo.

Garcilaso de la Vega, uno de los más ilustres peregrinos que fueron a Vaucluse, con su fallecimiento en Niza a consecuencia de su mortal herida ante el castillo de Muy (Frejús) en 1536, cierra una etapa de influencia de la literatura italiana en la española, iniciada por el Marqués de Santillana en los albores del siglo XV: Componer al «Itálico modo».

Con lo que antecede esperamos haber aportado datos para demostrar cómo en grandes figuras del medioevo italiano y de la literatura universal como Dante y Boccaccio, la devoción jacobea permaneció inmutable pese a que conocieron, respectivamente, los Años Santos Romanos convocados por Bonifacio VIII y Clemente VI, muy posteriores a los Compostelanos establecidos por Calixto II en 1119 y confirmados por Alejandro III en 1179, o sea, sesenta años después y ciento veintidós años antes que el primer romano.

Pero volvamos a ese camino que unía los sepulcros de los apóstoles San Pedro y Santiago, empezando por rebatir el mayor argumento contra su existencia originado por la mala interpretación del *Codex Calixtinus* y principalmente de su libro V, del que leemos su breve capítulo I:

«Son cuatro los caminos a Santiago que en Puente la Reina, ya en tierras de España, se reúnen en uno solo. Va uno por Saint-Gilles, Montpellier, Toulouse y el Somport; pasa otro por Santa María del Puy, Santa Fe de Conques y San Pedro de Moissac; un tercero se dirige allí por Santa Magdalena de Vézelay, por San Leonardo de Li-

moges y por la ciudad de Périgeux; marcha el último por San Martín de Tours, San Hilario de Poitiers, San Juan d'Angely, San Eutropio de Saintes y Burdeos.

El que va por Santa Fe y el de San Leonardo y el de San Martín se reúnen en Ostabat y, pasando Port de Cize, en Puente la Reina se unen al camino que atraviesa el Somport y desde allí forman un solo camino hasta Santiago.»

De la lectura que antecede obtenemos la conclusión de que los caminos *van por* y no *empiezan en* que es la errónea interpretación actual, ya que el *van* deja la puerta abierta a toda clase de procedencias. Pero si, conforme a la tesis de Gonzalo Menéndez Pidal, medítamos lo que era el camino medieval, no otra cosa que la calzada romana y a veces trozos de distintas calzadas unidos entre sí por rústicos empalmes que podían ser utilizados merced a tres anónimos inventos medievales relacionados todos ellos con el caballo, como *la herradura, los estribos y el nuevo atalaje*, la explicación es bien sencilla: En Italia no se mencionan caminos porque en el siglo XII únicamente se utilizaban las calzadas romanas.

Este aserto queda corroborado por Víctor Wolfgang von Hagen, que en su reciente obra *Las vías romanas* nos recuerda que de los dos mil puentes existentes en las calzadas del Imperio en el año 410 d. de J. C. cuando el entretenimiento o conservación de éstas pasó a las provincias, mil, o sea la mitad exactamente se encontraban en Italia.

Así, como es lógico, si un peregrino se dirigía de Roma a Santiago, empezaba a caminar o a cabalgar por la *Via Aurelia*, y si iniciaba el viaje en Brindisi por la *Via Appia*, para desde Roma proseguir por la *Aurelia*.

Ya en la actual Francia continuaba por dicha vía hasta la ciudad de Aix-en-Provence, primera colonia fundada por los romanos en la Galia, pero desde allí la abandonaba para por caminos medievales dirigirse hacia el Oeste, hasta alcanzar Tolosa, la Toulouse de nuestros días, y Auch. Desde esta última población se encaminaba cada vez más hacia el sur, hasta que ya en España, a la altura de Jaca, volvía otra vez a dirigirse hacia el Oeste, orientación que le daba la otra vía en el cielo, la *Láctea*, hasta Santiago de Compostela. Ahora bien, en las proximidades de Estella tomaba de nuevo una calzada romana, la antigua de Zaragoza a Astorga, que empalmaba con otra que por Lugo alcanzaba Santiago de Compostela. Bien es verdad, que a partir de los reinados de Sancho el Mayor de Navarra, y del nieto de éste Alfonso VI de Castilla, trozos de la calzada romana, como los que atravesaban Briviesca y Lugo, fueron sustituidos por caminos medievales que acortaban la distancia y cuyos puentes se deben a una Reina, Doña Mayor de Navarra, y dos Santos: Domingo de la Calzada y Juan de Ortega.

A grandes rasgos hemos descrito la más antigua vía de peregrinación existente entre Roma y Compostela, la que según una piadosa leyenda se pasó la vida recorriéndola en ambas direcciones sin descanso uno de los primeros Duques de Aquitania, lo que motivó que tres de sus sucesores, Guillermo V, Santiago Guillermo VII y Guillermo X peregrinasen a Santiago de Compostela. El último de ellos falleció el 9 de abril del año de 1137 en la Catedral Compostelana mientras se cantaban los Divinos Oficios correspondientes al Viernes Santo. El rey de Francia Luis VII, casado en primeras nupcias con su hija unigénita Leonor, continuó tan piadosa tradición peregrinando con lucida comitiva diecisiete años después, o sea, en 1154.

César Cantú, en su *Historia Universal*, de la que tantas menciones hacía el ilustre comentarista de política internacional recientemente fallecido Andrés Revesz, titula el capítulo que relata la llegada de los árabes a España *La invasión musulmana*, mientras que la de los mismos guerreros a Italia simplemente la denomina *IncurSIONES de los sarracenos*. Pues bien, cuando, aun con sarracenos en los montes, acababa de ocupar el trono de Sicilia Rogerio II, primogénito del reconquistador de la isla, se presentó al almirante del condado Jorge de Antioquía, el que cronológicamente consideramos el primer peregrino italiano, quien con el tiempo sería conocido como San Guillermo de Vercelli, solicitando le obsequiase con un capacete y una coraza, para llevarlas como penitencia en vez de las pesadas cadenas que, atadas a sus pies descalzos, llevaba puestas cinco años y con las que había hecho el camino de Compostela. Fray Justo Pérez de Urbel le ha dedicado una «semblanza» en su *Año Cristiano*, por la que calculamos que efectuó la peregrinación alrededor del año 1100.

De poco después, el 5 de junio de 1121, se conserva una carta del Papa Calixto, fechada en Letrán, por la que recomienda al Arzobispo compostelano Gelmírez, al caballero romano Guido que había hecho el voto de visitar al Apóstol Santiago.

No ha transcurrido un siglo, hacia 1213 ó 1214, cuando aparece en nuestro suelo el *pobrecillo de Astis*. La Condesa de Pardo-Bazán, en su admirable biografía del Santo, nos informa de que «no poseemos noticia rigurosamente exacta del itinerario de Francisco a través de nuestro país. La tradición constante, fuente histórica no indigna de aprecio, afirma que entró por Navarra; el primer convento fundado parece ser el de Burgos...». Lo más probable es que, recorriendo la *Vía Tolosana*, prolongación de la *Aurelia*, por una razón que desconocemos no entrase por el Somport, prosiguiendo en dirección Oeste, dejando a un lado los valles de Hecho y Ansó, entrase por el del Roncal, ya que entre Sangüesa y Liédena se encuentra Rocaforte, donde es tradicional que el Santo fundó una hospedería, lugar que no hubiese alcanzado de haber entrado por los valles de Salazar o de Urraul Alto. La fundación del primer convento en Burgos parece indicar que en un principio se dirigía a Santiago, en Burgos cambió de

idea y fue a embarcarse a San Sebastián y de nuevo pensó en continuar viaje a Compostela, en vez de ir a Marruecos, al caer enfermo. Federico Muelas sitúa el primer convento en Salamanca, así como el milagro acontecido al humilde carbonero Cotolay, que la mayoría de los autores localizan en la ciudad del Apóstol.

Cumplida la peregrinación y las fundaciones en el camino, San Francisco recorrió, antes de regresar a Italia, casi toda la España cristiana, existiendo fehacientes pruebas de su paso por Barcelona, Ciudad Rodrigo, Madrid y Oviedo. Las *Floreccillas* cuentan la anécdota, muy significativa de que habiendo ordenado San Francisco a Fray Bernardo que interrumpiera el viaje para atender a un enfermo, le autorizó para efectuar la peregrinación al año siguiente.

Gonzalo Menéndez-Pidal aporta un dato muy demostrativo de la enorme popularidad que en Italia alcanzaron las peregrinaciones jacobitas, al menos en el último tercio del siglo XIII, puesto que, a principios del XIV, concretamente «en 1305, Fra Giordano da Rivolta condenaba públicamente en sus sermones la romería a Santiago, pues consideraba que la mayoría peregrinaba con menoscabo de la verdadera religión, e igual que Fra Giordano opinaban ya por entonces otros muchos».

El mismo autor considera francés a Nicolás de Verone, que escribió hacia 1350 *La conquista de Pampelune*, famoso poema que tiene por escenario el Camino de Santiago, mientras que Luis Vázquez de Parga lo llama Nicolás de Verona y lo califica de italiano. Lo interesante de su obra es que demuestra conocer muy bien el *Camino*, probablemente por haberlo recorrido.

Entre 1380 y 1442 discurre la vida de San Bernardino, que, aunque nacido en Massa, tomó el nombre de la ciudad en la que cursó sus estudios: Siena. Con San Juan Capristano y nuestro San Vicente Ferrer se le sitúa en el cénit de la oratoria franciscana. Curzio Malaparte, en su obra *Malditos Toscanos*, dedica una mención a «la multitud que escuchaba de rodillas en la Piazza di San Francesco o en la Piazza del Campo, los sermones de San Bernardino», pero no alude a la peculiar costumbre del Santo de escribir continuamente alegorías o anagramas del nombre de Jesús en toda clase de objetos, pero principalmente en tablas de madera. Casi todas se han perdido. No así el anagrama que al pasar por la recién terminada (año de 1420) iglesia del Monasterio de Santa María la Real de Nájera, pidió a los P. P. Benedictinos que grabasen en una de las piedras de sillería del muro situado al lado del Evangelio. Hoy, los padres franciscanos que regentan el monasterio, enseñan orgullosos desde el coro el anagrama que indicó esculpir su santo compañero de orden.

También Sienés fue San Franco, cuyo bastón, según una piadosa tradición, se encuentra con el del glorioso Apóstol en una hornacina situada en el muro del lado de la Epístola de la Catedral Compostelana. José Fernando Filgueira Valverde es de la opinión de que la

santiaguesa calle del Franco, debe su nombre a dicho Santo, que recuperó la luz en sus ojos cuando cumplida su peregrinación, se lavaba la cara en una pequeña fuente existente en la misma.

En el siglo XV Francesco Piccardi deja constancia de su peregrinación en verso y, en el siguiente, Bartholomeo Fontana imprimió en Venecia un folleto (parcialmente publicado y comentado en español por Angela Mariulti), en el que describe su viaje de Venecia a Roma y de la Ciudad Eterna a Santiago, efectuado antes de 1550. Poco después, en 1586, la villa de Zarauz registra el paso de un caballero genovés: Bartholomé Cassanu.

Pero desde que el Marqués de Lozoya en la obra monumental *Santiago de Compostela: La Catedral* reprodujo párrafos de su diario, recientemente descubierto, no cabe duda de que el más ilustre peregrino italiano de todo el siglo XVI es el polifacético Fray Juan de la Miseria, al cual debemos el único retrato al natural de la primera Doctora de la Iglesia: Santa Teresa de Jesús. En dicho diario reitera constantemente las ansias por llegar al Santuario de Galicia de todos los componentes del grupo del que formaba parte, así como la suya propia.

En el artículo correspondiente a Villafranca del Bierzo, de su *Diccionario Geográfico de España*, escribe don Pascual Madoz: «Otro de los edificios más notables es el convento de monjas franciscanas reformadas, llamado de Nuestra Señora de la Anunciación, vulgo Anunciada, que se halla situado al S. O. y parte baja de la población sobre las ruinas del antiguo hospital de San Roque, se construyó a expensas de Don Pedro de Toledo y Osorio, quinto Marqués de Villafranca; la iglesia es muy hermosa y de un solo cuerpo; el altar mayor es majestuoso, con una hermosa y grande medalla de medio relieve que representa la Anunciación; en su primer cuerpo, debajo de un arco, está el suntuoso tabernáculo de figura piramidal, con varios órdenes de columnas de dos y media varas de altura, todo él formado con ricos mármoles y piedras preciosas, abundando la ágata, la venturina, la sanguinaria, el lápiz lázuli y otras varias; sus capiteles y bases son de bronce sobredorado, con santos y ángeles del mismo metal; las paredes de la iglesia están cubiertas de pinturas, que si no son todas de Rafael Urbino, son de lo mejor de su escuela; debajo del coro alto se halla el magnífico panteón de los marqueses, que es una pieza ovalada dividida por varios arcos de piedra, en la cual abundaban excelentes pinturas, que con varias alhajas, desaparecieron en la guerra de la Independencia, quedando sólo la custodia de mucho mérito artístico; también fueron destruidos por aquella época el sepulcro del fundador, el de su hijo, y el del beato Lorenzo de Brindis, general que fue de los capuchinos, y beatificado por bula de Pío VI en 23 de mayo de 1783, siendo prelado de esta colegiata el doctor don Francisco Martínez Molés; de su cuerpo sólo se conserva la ca-

beza y algunos huesos que pudieron poner en salvo las religiosas cuando escaparon del convento».

Poco podemos añadir a la como siempre exhaustiva información del *Madox*. Sólo diremos que como general de los Capuchinos San Lorenzo gozaba de la dignidad de Grande de España; fue embajador del Rey Don Felipe III en el Congreso y Dieta de Maguncia (1610); es tradición que al llegar desde Lisboa, lugar de su fallecimiento, el cuerpo del santo a la cabecera del Bierzo, las campanas del convento tocaron solas y el ciprés de su huerta, que aún hoy sirve de referencia para llegar al mismo, se inclinó en señal de veneración; y que hace el número treinta de los doctores de la Iglesia, siéndole concedido dicho título por el Pontífice Juan XXIII en mayo de 1959. No pudo ser amigo del fundador del panteón, como afirman algunos autores, puesto que el quinto Marqués de Villafranca falleció en 1553 siendo virrey de Nápoles, pero sí en cambio del séptimo Marqués García de Toledo, virrey de Sicilia, fallecido en 1578, ya que la vida de San Lorenzo de Brindisi discurrió entre los años de 1559 y 1619.

No creemos que sea mera coincidencia la de que el más importante Santo de la Apulia se encuentre cerca ya de la meta jacobea, puesto que Brindis o Brindisi era el puerto de arribada de muchos peregrinos orientales, que abandonando la vía marítima proseguían viaje, como hemos indicado anteriormente, por las *Vias Appia, Aurelia* y *Tolosana*.

En el siglo XVII, según L. Vázquez de Parga, continuaban vivas «las instituciones nacidas al calor de la peregrinación, como lo demuestra el canónigo boloñés Domenico Laffi», que dejó constancia escrita del segundo viaje de los tres que efectuó en la segunda mitad de dicho siglo.

El día 3 de marzo de 1669 llegó a Santiago Cosme III de Médicis, penúltimo miembro de una célebre dinastía de Grandes Duques de Toscana que iba a extinguirse a la muerte de su hijo Juan Gastón en 1737. La devoción de su familia al Apóstol Santiago, de todos conocida, ha sido especialmente estudiada por el doctor profesor Paolo Caucci, de la Universidad de Perugia (Perusa), en diferentes monografías, entre las que sobresale la dedicada a los «Temas Jacobeos en la Florencia de los Médici».

Su llegada marca el fin de una serie de lucidos cortejos, como el que acompañó al cardenal Pallavicini, compuesto únicamente de mulas blancas llevadas del roncal por pajes genoveses. El siglo XVIII es ya el de los peregrinos anónimos, puesto que, de no ser por el hallazgo de los hermanos Bianca y Paolo Toschi del diario de un viajero hasta ahora inédito, el del canónigo de la Catedral de Arezo Paolo Bacci, que alcanzó Santiago de Compostela desde Madrid en el año de 1763, no tendríamos más que de la lista de humildes peregrinos atendi-

dos en su viaje de ida o de regreso en el hospital de San Juan de Oviedo, publicada por Juan Uría Rúa, y en la que figura un elevado porcentaje de italianos en período tan próximo como el comprendido entre 1795 a 1803, y que en nuestra opinión demuestran que fueron las guerras Napoleónicas la causa fundamental del cese de la llegada al santuario de Galicia de peregrinos procedentes de Italia.